

RECIBIDO EL 15 DE ABRIL DE 2022 - ACEPTADO EL 16 DE JULIO DE 2022

MÁS ALLÁ DE SÍ MISMO. LA ÉTICA FRENTE AL OTRO COMO APRENDIZAJE

BEYOND HIMSELF. ETHICS AGAINST THE OTHER AS LEARNING

Mario Germán Gil Claros^{1*}

Investigaciones Redipe

RESUMEN

Mirar al Otro, estar cara a cara, asumirlo en el horizonte de vida, relacionarnos con él. Debe pasar de una ética individual a una ética social, para así asumirlo, reconocerlo y tenerlo en cuenta en el momento de disentir, de diferenciarnos, de solidarizarnos, de acogernos, de enseñar, entre otros, sin olvidarnos o marginarnos frente a él. El presente escrito centra su atención en torno a la postura de Lévinas respecto a lo dicho.

PALABRAS CLAVE: Dar, ética, existencia, lenguaje, Mismo, Otro, responsabilidad, Rostro.

SUMMARY

Looking at the Other, being face to face, assuming it on the horizon of life, relating to it. It must go from an individual ethic to a social ethic, in order to assume it, recognize it and take it into account at the moment of dissent, of differentiating ourselves, of showing solidarity, of welcoming us, of teaching, among others; without forgetting or marginalizing ourselves in front of him. The present writing focuses its attention on the position of Lévinas regarding what has been said.

KEYWORDS: Giving, ethics, existence, language, Same, Other, responsibility, Face.

¹ *PhD en Filosofía. Catedrático universitario. Director de investigaciones de Redipe. Líder del grupo de investigación: Redipe. Educación, epistemología y filosofía <https://orcid.org/0000-0003-1876-2137> mariogil961@hotmail.com*

INTRODUCCIÓN

La filosofía de Lévinas gira en torno a una fenomenología del Otro, en una crítica al Mismo, a su postura ególatra, la cual raya en composturas de desconocimiento, de franco olvido de la historia del Otro, que en muchas ocasiones termina en la muerte, en el marginamiento, en el destierro. La ética de Lévinas, es el auténtico puente de relación entre los seres humanos, de ahí que ella sea un cuestionamiento a la ontología, como filosofía primera. No es pues de extrañar que la ética y no las leyes, sea el principio auténtico del pleno reconocimiento del Otro. La ética de Lévinas centra su atención por aquellos ignorados, perseguidos, ultrajados y asesinados, tal como él lo vivió en el transcurso de la llamada segunda guerra mundial. Es así como el presente escrito aborda pasajes centrales del pensamiento de Lévinas en torno a lo expresado de manera sucinta. El texto se divide en varios capítulos, que abordan la temática del Otro y del Mismo en la obra filosófica del lituano. Así: *De lo existente de la existencia del Otro*, destaca el papel protagónico de la existencia, la cual va más allá del mero ente, donde la vida se transforma en lo sustancial de todo lo existente y de la existencia del Otro. *Economía, política y lenguaje*, establece la relación en el espectro social con el Otro a través de estos tres conceptos fundamentales para nuestro presente. *El Otro como hecho fenoménico del mundo y del lenguaje*, en el que el Otro es lo que es en el mundo, tal como lo encontramos; con el cual interactuamos por medio de la lengua en nuestro horizonte de mundo. *Compromiso ético*, resalta la responsabilidad intersubjetiva, no sólo para con el prójimo, sino para con la vida, como se deja ver en la *conclusión*.

A lo largo del texto se reitera en el uso de unas mismas expresiones como estrategia discursiva para resignificar la pertinencia del otro en las relaciones intersubjetivas.

DE LO EXISTENTE DE LA EXISTENCIA DEL OTRO.

En el Otro no sólo se acoge lo existente como ente o cosa dada en el mundo, también se atiende a la existencia, como aquello arrojado al mundo, como vida, con todos los atributos que se le pueda dar. Lo Otro es la existencia, objeto de interés, que va más allá de la individualidad en busca de su radical singularidad con el rostro único e irrepetible. Pues, la relación con la existencia, es con la vida, con la espiritualidad y no con las meras cosas que habitan el mundo como existentes. Es decir, “está determinada por una relación que, a través de nuestra existencia, mantenemos ya de entrada con el hecho mismo de que hay ser, con la desnudez de ese simple hecho”. (Lévinas. 2000, pp. 17-18). Ya que lo determinante en el Otro, es que es. Lévinas dirá *Hay*. En consecuencia, no podemos ignorarlo o negarlo.

En el *Hay*, a pesar de su aparente neutralidad, se establece una relación que afecta a quien o quienes la llevan a cabo, por medio de una relación ética, que nos ayuda a fijar una postura frente al Otro, como lo que es; lo cual ha de tener sentido y significado en el horizonte de vida o de mundo de los implicados. En esta dirección, nunca buscamos el vacío, siempre estamos en la búsqueda del *Hay*, aun así se hable del mismo vacío, pues si lo abordamos estamos en función de encontrar algo que es la existencia. Así, la soledad del hombre en el universo es reemplazada por la necesidad y búsqueda de lo infinito; que sería lo Otro, lo desconocido, que aún no se puede ver.

El Otro se devela a través del horizonte de vida, dependiendo de *nuestra intencionalidad* respecto a él en el mundo, en el que aflora la existencia en su encuentro, algunas veces pasajera, otras de larga duración y otras para toda la vida. De todas formas, la existencia está clara en el *Hay*. “Es el hecho de que se es, el hecho de que *hay*”. (...) “Asume precisamente esa existencia



ya existiendo”. (Lévinas. 2000, p. 24). Lo cual nos lleva a decir que el hombre frente al mundo elabora una postura, una disposición ética; que sería una *actitud filosófica*. Así, en nuestro presente la existencia trajina en el *Hay* y en las cosas. “Ser en el mundo es estar ligado a las cosas”. (Lévinas. 2000, p. 47). Lo cual permite referenciar no sólo las cosas, sino al Otro, al prójimo, al semejante, ante el que manifestamos una intencionalidad de relación que se da a partir de la cuestionada conciencia, en el que el Otro viene dado con un rostro singular y mediado por la mundanidad social. “En el mundo, al otro ciertamente no se le trata como una cosa, pero no está jamás separado de las cosas”. (Lévinas. 2000, p. 50). Hay un cargamento significativo en su alteridad estética frente a nosotros, que abordamos intencionalmente. “La forma es aquello por lo cual un ser está vuelto hacia el sol –aquello por lo que tiene una cara, mediante la cual se entrega, mediante el cual se anuncia”. (Lévinas. 2000, p. 51). No sólo nos anunciamos al mundo por medio de la forma o estética, sino en el estilo de vida que asumimos como originalidad y singularidad.

La relación que establezco con el Otro, como causa existente, es a través de la intencionalidad; la cual, por medio de la curiosidad fenoménica en su aprehensión, comprensión y radicalidad estética, busca sentido intersubjetivo. Así, la intención, el sentido, el significado frente al Otro, está ligado todos los días a su comprensión mundana, en la que se esconde su materialidad, su *ahí*. Como lo argumenta Lévinas: “El *hay*, es su rehusarse a tomar una forma personal, es el << ser en general >>”. (Lévinas. 2000, p. 77). En consecuencia, tanto lo interior como lo exterior hacen parte de la generalidad del *hay*, del ser; es aquello que está ausente pero que está presente. Así lo plantea la ontología en su juego. Frente a lo cual Lévinas formula lo siguiente: “La noche es la ausencia del día”. (Lévinas. 2000, p. 79). Es una especie de juego lógico, en el que el todo está abierto a la particularidad, a la singularidad.

El peligro que encierra se encuentra en el límite de la nada, de la muerte, que se manifiesta en la desaparición del Otro o de mí mismo. “<<Realizar>> el pensamiento de la nada no es ver la nada, sino morir”. (Lévinas. 2000, p. 86). En otras palabras, frente a la muerte solo se da la especulación, la incertidumbre, la angustia, el desvelo. En este sentido, la conciencia es consciente de su situación mundana, no hay punto de referencia; transitando en un devenir existencial. “El insomnio nos pone, pues, en una situación en que la ruptura con la categoría del sustantivo no es sólo la desaparición de todo objeto, sino la extinción del sujeto”. (Lévinas. 2000, p. 91). De ahí que el sujeto demanda su situación en el mundo terrenal, en el mundo de los Otros, de la cultura, de las instituciones.

Por otra parte, es fundamental decir que para establecer una relación con el Otro, con los Otros, debo partir de la condición en la que me encuentro, no sólo ante mí mismo, sino ante el mundo. En otras palabras, somos conscientes como seres existentes, inscritos en una historicidad concreta como lo es la actualidad, el presente; ante el cual forjamos una postura de vida, una posición frente a lo que somos como acontecimiento. “Pero la posición es el acontecimiento mismo del instante como presente”. (Lévinas. 2000, p. 100). Por tanto, para Lévinas, el instante, el presente, rompe con la linealidad de la historia, donde el sujeto esta frente a él y establece un vínculo estrecho y vital. “El presente es, pues, una situación en el ser donde no hay sólo ser en general, sino donde hay un ser, un sujeto”. (Lévinas. 2000, p. 100). Es decir, en dicha relación entre el sujeto y el presente, se es consciente del papel que se asume vitalmente, en una especie de autobiografía, sin necesidad de palabra escrita; sino del discurso, del cuerpo, del pensamiento, ya que sólo nos referimos a nuestra singularidad en relación al Otro y con los Otros. “Puesto que el presente no se refiere más que a sí, parte de sí, es refractario al porvenir”.



”. (Lévinas. 2000, p. 100). Que se abre ante él y construye una imagen del orbe, que se proyecta significativamente en la búsqueda de sentido y significado como horizonte de mundo.

Como vemos, es una posición ontológica que se da a través del presente en el *ahí*. Es decir, sobre el fondo del *ahí* surge un ente en su particularidad. Entonces: “El ente -- lo que es -- es sujeto del verbo *ser* y, por eso, ejerce un dominio sobre la fatalidad del ser, convertido en su atributo. Existe alguien que asume el ser, en adelante *su ser*”. (Lévinas. 2000, p. 113). Bajo esta condición, se capta al Otro en su radical alteridad, la que se opone a un Yo lógico en el ejercicio de su identidad, que rechaza lo otro, el acontecimiento. La relación con el Otro se da en la sociedad y en el tiempo. El Otro, es punto de referencia para mí mismo, pero asumido en un cara a cara ante la alteridad. Esto último, desde un plano ontológico social, tiene como consecuencia una existencia clara para la sociedad. “El otro es lo que yo no soy; él es el débil mientras que yo soy el fuerte; él es el pobre, es << la viuda y el huérfano >>. No hay hipocresía más grande que la que ha inventado la caridad bien atendida. O bien el otro es el extranjero, el enemigo, el poderoso. Lo esencial es que tiene esas cualidades gracias a su alteridad misma”. (Lévinas. 2000, p. 129). Es una mirada asimétrica, cargada de conflicto, de no reconocimiento; ya que negamos y no asumimos al prójimo intersubjetivamente como igual.

Asumir al Otro, es una tarea ética de gran responsabilidad, donde la libertad se encuentra implicada; en el que el prójimo está ahí, existe, no podemos dejar pasar por alto, muchos menos ignorarlo. Él es la singularidad a descifrar, a comprender, en asumirlo de frente, puesto que se convierte en un enigma a mi pensamiento, a mi entendimiento; de ahí el intento fenomenológico, de vivenciarlo en un cara a cara. El Otro está radicalmente frente

a mí, en consecuencia, me veo en la exigencia de abordarlo relacionamente, de establecer una comunicación de orden intersubjetiva, en la que está presente lo emocional, lo anímico, como fuerza, que impulsa dicha relación de comprensión de un cara a cara. Esto último, encierra una vida intencional, que pasa por la comprensión del Otro y que va más allá de dicho comprender, en el que el lenguaje trata de desentrañar su humanidad.

Ahora bien, en el encuentro con el Otro no solo se da en su comprensión y en su forma, se da en su mirada, que es más que una mirada sensible; es una mirada que parte de sí mismo y del pensar; que se valida a través de un cambio intersubjetivo, en el que el Otro o los Otros se presentan con sus rostros, tal como son, caracterizado por su cercanía, manteniendo su alteridad, que evita ser absorbida por la totalidad, por lo Mismo. El Otro permanece externo y se conserva tal cual a pesar de la proximidad. Su característica principal es evitar quedar reducido a lo Mismo, al Uno; es la resistencia, palabra que Foucault reflexionó frente al poder.

Resistir al Uno es desarrollar y cultivar una fuerte postura ética arraigada en lo más profundo de nuestras convicciones o maneras de ser, cuando nos percibimos a sí mismos, no solo al Otro, sino al mundo en su conjunto, lo cual se refleja en una manera de vivir. Asumir las relaciones de vida, es hacerlo por medio de las percepciones, por medio de los sentires, de las razones, en las cuales no hay mediación, más que por la conciencia mediada. En este sentido, la ética es la experiencia de un sujeto sensible; es la postura que dicho sujeto desarrolla ante una política que lo avasalla, lo focaliza en sus accesos y desemboca políticamente en un totalitarismo, que raya en situaciones inimaginadas, como lo es la exclusión o la muerte. De ahí que la defensa de la vida, la relación con el Otro, pasa de la mera comprensión a una ética activa, que busca la solidaridad, la paz en una sociedad justa o

democrática, en la que damos la cara al Otro, determinado en su modo de ser alterno, muchas veces sin llegar a conocerlo plenamente, pero que acogemos con amabilidad y hospitalidad, siempre y cuando lo permita.

Por otra parte, es innegable que la experiencia política va de la mano filosófica, máxime cuando la primera deja huella en el espíritu del ente en la ciudad, en la plaza pública, en los recintos, que invita a construir una filosofía del Otro, de su rostro, de la hospitalidad, de una ética asumida como filosofía primera, de una filosofía de la presencia, del aquí estoy como realidad. Así, el Otro es un encuentro, un rose que me modifica, me sacude o mejor me despierta, provocando en mí un compromiso existencial, el cual, una vez llevado a cabo, genera una política intencional de relacionarme y de tomar distancia a través de la palabra o del diálogo. Dice Lévinas:

Hablar es, al mismo tiempo que conocer a otro, darse a conocer a él. El otro no es sólo conocido, es *saludado*. No sólo es nombrado, sino también invocado. Para decirlo en términos de la gramática, el otro no aparece en el registro nominativo, sino en el vocativo. No pienso sólo en lo que él es para mí, sino también y al mismo tiempo, e incluso antes, *soy para él*. (Lévinas. 2004, p. 87)

Por tanto, hablar implica la cercanía como la lejanía del Otro, pero siempre en *relación*; pues el hablar involucra el escuchar, lo cual en su momento nos transforma y el rostro nos convoca a su comprensión, a su escucha. La mirada hacia el Otro rompe nuestro ensimismamiento, quiebra nuestro autismo y nos confronta con el mundo que está ahí, a fuera; “la sociedad es el milagro que comporta el hecho de salir del *uno mismo*”. (Lévinas. 2004, p. 89). Hay una relación en la que la percepción se convierte en puente no sólo de recibir, sino de dar, de comunicar, de comprender y de acción. Es toda una experiencia vital que nos hace crecer, que nos hace tomar

consciencia no sólo de sí mismo, sino del Otro a través de la justicia, en la que en esta última me proyecto hacia el Otro, en un plano de respeto, de igualdad ética. “En la relación ética, el otro se presenta a la vez como absolutamente otro, pero esta alteridad radical constituye la nota original del judaísmo”. (Lévinas. 2004, p. 99). Expresado por medio de la justicia frente al pobre, al desfavorecido, al inmigrante, al marginado, al desplazado. Es decir, un principio de justicia social. Lo cual lleva a decir: “Entre hombres, cada uno responde por las faltas de otro. E incluso respondemos por el justo que arriesga corromperse. No se puede dar mayor alcance a la idea de solidaridad”. (Lévinas. 2004, p. 101). De ahí que la solidaridad como postura ética, nos hace caer en cuenta que no somos iguales, que el Otro es diferente en todo el sentido de la palabra; en donde la ética, como filosofía primera, aporta la más excelsa relación y la más alta forma de vida entre hombres y mujeres.

La relación con el Otro, es no sólo ver su miseria, su angustia, su sufrimiento, su explotación, su dominación, sino su rostro carnal, lo cual implica una ética concreta. “Devolverle al otro lo que se le debe, amarlo en la justicia, tal es la esencia de una verdadera acción”. (Lévinas. 2004, p. 155). Ver el rostro del Otro a través de la acción, exige no sólo la caridad Levinisiana, sino la justicia social. “El rostro del hombre es un *médium* a través del cual lo invisible en él se vuelve visible”. (Lévinas. 2004, p. 156). Lévinas concluye: “No pensamos relaciones, somos en relación. No se trata de meditación interior, sino de acción”. (Lévinas. 2004, p. 156). En este sentido, el hombre se transforma por medio de la acción o de la praxis. Así, en la acción no vemos solamente el sufrimiento o la alegría, sino lo humano, la humanidad alejada de la violencia, que tantos problemas ha traído. Lévinas lo amplía de la siguiente forma: “La humanidad nace en el hombre a medida que él sabe reducir las ofensas mortales en litigios de orden civil, a medida que



castigar se asimila a reparar lo reparable y a reeducar al malvado. El hombre no necesita sólo de una justicia sin pasión. Necesitamos de una justicia sin verdugo". (Lévinas. 2004, pp. 164-165). Es la acción de la justicia, de la cual no escapa el rico, que fácilmente puede pagar en muchas ocasiones. Por eso, para Lévinas, el código debe ser modificado, ya que el solo dinero no puede solucionar o reparar daños o crímenes, que no sólo afecta de forma particular, también al conjunto de los seres humanos. "Y a toda la eternidad, todo el dinero del mundo no puede curar la ofensa al hombre". (Lévinas. 2004, p. 165). Como los llamados crímenes de lesa humanidad. Algunos ejemplos contemporáneos lo vemos en las masacres, en los genocidios, en los crímenes de guerra, entre otros. En consecuencia, para Lévinas una verdadera relación humana, es cuando el Otro es reconocido de forma concreta en su radical singularidad, donde el hombre es tratado como tal, desde una filosofía primera. En ella reconozco al prójimo en toda su dimensión. Esta manera de relacionarse con el Otro, desde la ética, debe provocar un acontecimiento político, que va más allá de un ejercicio de mirarse a sí mismo y abarca al entorno, a la naturaleza, de cómo pensamos, de cómo vivimos. Así, podemos hablar y establecer el ejercicio de la política.

En consecuencia, la manera de relacionarme con el Otro, la manera de construir una forma de vida, se manifiesta en el radical distanciamiento frente a la totalidad reductora, en la consolidación del *êthos*. "El hombre no es una simple formulación en singular del hombre en general, ya que puede contar con sí mismo. En tanto parte de la naturaleza, formulación en singular del concepto "hombre", portador de una cultura, ser ético, el hombre puede despreciar la muerte, pero no en tanto "ipseidad", donde él es "meta-ético" ". (Lévinas. 2004, p. 196). Hay una relación de respeto mutuo entre quienes se relacionan como un hecho consumado, en

el que se permite reconocer al Otro, al Tú, de manera directa cara a cara. En esta dirección, el Otro se convierte en una experiencia radical que me afecta, no lo puedo negar, aun así lo niegue; ya que hay, en el decir de Lévinas, una conciencia moral, cuya franqueza con lo Otro, con su rostro, cuestiona mi Yo, que evita ser reducido a una totalidad. "Pero la adaptación de lo Otro a la medida de lo Mismo en la totalidad no se obtiene sin violencia, guerra o administración, que alienan incluso a lo Mismo. La filosofía, como amor de la verdad, aspirar al Otro en su condición de tal, al ser distinto de su reflejo en el Yo". (Lévinas. 2004, p. 255). Así, nos encontramos con un rostro que habla, que piensa, que asume posturas de vida, que se afirma en la pluralidad, en lo infinito, en la solidaridad, no sólo espiritual sino en el dar económico respecto al Otro. "-El *dar* es, en cierto modo, el movimiento original de la vida del espíritu-". (Lévinas. 2004, p. 265). Para Lévinas, el dar se define en su relación con lo económico. "La vida espiritual es esencialmente vida moral y su lugar predilecto es el económico". (Lévinas. 2004, p. 265). Por tanto, llegamos a lo más importante: nuestra transformación política con el Otro, elevada al plano de la amistad.

ECONOMÍA, POLÍTICA Y LENGUAJE.

Mirar al Otro es en cierta forma salirse de sí mismo. La mirada no sólo se da ante el Otro, que cotidianamente está en nuestro vivir, sino esencialmente en aquellos que están ignorados, marginados, desplazados, olvidados. En síntesis, los *extraños*.

El Otro se constituye como fenómeno que se presenta ante mí y con el cual establezco una relación por medio del lenguaje, que es el mundo inter y objetivo de los seres humanos, dado a partir de unas relaciones sociales, mediada por el deseo del Otro, el cual éticamente no puedo colonizar espiritualmente y reducirlo a mi Mismo. Así, el Otro es radicalmente distinto a mi Yo, a mi libertad, que no debo totalizar, sistematizar



o violentar. “Sin embargo, la violencia no consiste tanto en herir y aniquilar como en interrumpir la continuidad de las personas, en hacerles desempeñar papeles en los que ya se encuentran, en hacerles traicionar no sólo compromisos sino su propia sustancia; en la obligación de llevar a cabo actos que destruirán toda posibilidad de acto”. (Lévinas. 1997, pp. 47-48). El acto violento tiende a homogeneizar y a la vez borrar vitalmente lo que no se deja reducir a su intencionalidad y totalidad; negando lo que Lévinas llama el resplandor exteriorizado, reflejado en el rostro del Otro como experiencia, que evita opacarse ante el Uno, persistiendo en su revelación, en su subjetividad; la cual es recibida hospitalariamente y no en términos de absorción. Asimismo, hay una intencionalidad en abrir puertas solidarias y de diálogo cordial que trasciende la hostilidad, la Xenofobia, la aporofobia, entre otros.

Podemos decir que la relación con el Otro es un acto de consciencia, pues ella exige este tipo de relación, es decir, precisa de su reconocimiento, previa postura del sujeto, que ante todo se reconoce a sí mismo, antes de asumir el papel de consciencia ante el Otro a través de un ejercicio fenomenológico, cargado de intencionalidad social. En este sentido, la fenomenología es primordial y está ligada a la economía, a la filosofía, a la política, a la libertad, a la cultura, a la sociedad, a la religión, al sujeto, a la subjetividad. Así, la mirada que tengo de mí mismo, se desplaza y trasciende ontológicamente al mundo de los otros. Miremos lo que dice Lévinas:

1. “<< La verdadera vida está ausente>>. Pero estamos en el mundo. La metafísica surge y se mantiene en esta excusa. Está dirigida hacia la << otra parte>>, y el <<otro modo>>, y lo <<otro>>”. (Lévinas. 1997, p. 57). Es decir, la metafísica ocupa un lugar de relación de intermediación, de tránsito.

2. “El término de este movimiento -la otra parte o lo otro- es llamado *otro* en un sentido eminente”. (Lévinas. 1997, 57): hay un deseo de relación hacia el Otro.
3. “El deseo metafísico tiende hacia lo *totalmente otro*, hacia lo *absolutamente otro* “. (Lévinas. 1997, p. 57). Por tanto, el deseo metafísico es vitalidad.
4. “El Deseo es deseo de lo absolutamente Otro”. (Lévinas. 1997, 58). El deseo no es ausencia, sino relación, puesto que el Otro está frente a mí, cara a cara, en su radical alteridad, que evita ser totalizado y atrapado en un yo que lo reduce a la mismidad.

Vistas así la cosas, el Otro no es lo Mismo, no es lo representado, no es identidad; es la alteridad. En este sentido, hay transcendencia. “Lo absolutamente Otro, es el Otro” (...) “Somos el Mismo y el Otro”. (Lévinas. 1997, p. 63). Donde la indiferencia marca el principio de ausencia y de exclusión.

Tanto el Mismo, como la alteridad, se dan a conocer cuando se encuentran en un punto de referencia mutua, en el que el pensamiento y el lenguaje son piezas clave para un cara a cara. “La alteridad sólo es posible a partir del Yo”. (Lévinas. 1997, p. 63). Así, el lenguaje permite establecer que la alteridad sea y facilite la referencia; contrario a la negatividad que no reconoce, que borra, no trasciende, absorbe.

La relación entre el Mismo y el Otro, claramente lo señala Lévinas, como una relación crítica, que no borra a ninguno de los dos, no hay extrañamiento (Hegel). “La crítica no reduce lo Otro al Mismo como la ontología, sino que cuestiona el ejercicio del Mismo. Un cuestionamiento del Mismo – que no puede hacerse en la espontaneidad egoísta del Mismo– se efectúa por el Otro. A este cuestionamiento de mi espontaneidad por la presencia del Otro, se llama ética”. (Lévinas.



1997, p. 67). La elaboración de una postura crítica, evita caer en el manto de la dominación del Mismo, de lo que Lévinas llama <<imperialismo ontológico>>, en el que el ser reduce al ente a lo Mismo. Al respecto se argumenta: “Filosofía del poder, la ontología, como filosofía primera que no cuestiona el Mismo, es una filosofía de la injusticia” (Lévinas. 1997, p. 70). En este sentido, el Otro en su rostro no es abstracto, no se confunde con lo universal; en otras palabras, el Otro tiene historia, cargada de resistencia frente a la totalidad; tiene subjetividad, tiene interioridad, que no va a estar dispuesta a ser absorbida por el tiempo de la totalidad. “Gracias a la dimensión de la interioridad, el ser se niega al concepto y resiste a la totalización”. (Lévinas. 1997, p. 81). La historia del Otro está cargada de lenguaje, de comunicación. Así, el Otro se vuelve significativo por medio del discurso, que se exterioriza y anuncia su presencia en sociedad. “El cara-a-cara, a la vez, anuncia una sociedad y permite mantener un Yo separado” (Lévinas. 1997, p. 91). Es el mundo social lleno de pluralidad y de disenso.

Abordar al Otro sin mediación alguna, sin intención de dominio, es reconocer que el Otro es Otro, que manifiesta intenciones análogas a las mías de manera justa y con justicia. “*Llamamos justa a este acceso de cara, en el discurso. Si la verdad surge en la experiencia absoluta en la que el ser brilla por su propia luz, la verdad sólo se produce en el verdadero discurso o en la justicia*”. (Lévinas. 1997, p. 94). Esto último, se constituye para Lévinas, en una experiencia frente al Otro, aquel que tiene rostro, que tiene lenguaje y permite la verdad.

La verdad se conecta a la relación social que es justicia. La justa consiste en reconocer en otro a mi maestro. La igualdad entre personas no significa nada por sí misma. Tiene un sentido económico y supone el dinero y ya reposa sobre la justicia -que bien ordenada comienza con

el otro-. Es reconocimiento de su privilegio del otro, y de su señoría, acceso al otro fuera de la retórica que es engaño, dominio y explotación. (Lévinas. 1997, p.95)

Mirar al Otro es ante todo estar mediado por el diálogo entre varios, y no por un monólogo de un yo que desconoce lo plural, lo extraña (Hegel), lo aliena (Marx), en un mundo productivo, hasta el grado de cosificarlo (Lukács), de esclavizarlo, ocultándolo ante la propia mirada del yo, a pesar de que esté a su lado, al frente y asumido como cosa. “La cosa es siempre una opacidad, una resistencia, una fealdad”. (Lévinas. 1997, p. 97). De ahí que la cosificación humana carezca de rostro, pues este es una develación, una revelación, un anunciarse, un acontecimiento, por medio del lenguaje, de lo que todo ser – humano es. Pues: “La relación con el rostro, no es conocimiento de objeto”. (Lévinas. 1997, p. 98). Así, el rostro cosificado nos enseña la condición y miseria de la vida. “La desnudez del rostro es indigencia. Reconocer a otro es reconocer un hambre. Reconocer a Otro es dar. Pero es dar al maestro, al señor, al que se aborda como <<Usted>> en una dimensión de grandeza”. (Lévinas. 1997, pp. 98-99).

EL OTRO COMO UN HECHO FENOMÉNICO Y DEL LENGUAJE

El Otro como manifestación fenoménica, me hace sentir que no estoy solo y que existen otras posibilidades estéticas de vivir, distintas a la mera cosificación, a la producción. Al respecto Lévinas afirma: “Reconocer al otro, es pues alcanzarlo a través del mundo de las cosas poseídas, pero, simultáneamente, instaurar, por el don, la comunidad y la universalidad.”. (Lévinas. 1997, p. 99). La comunicación y el diálogo que se establece con el Otro, se dan a partir del rostro, el cual es radicalmente humano y refleja una historicidad en su presente, en su ética, en su justicia, en su estética, etc. En este sentido, el Otro se vuelve mi ropaje. “Y si el otro puede investirme e invertir mi libertad por

sí misma arbitraria, es porque yo mismo puedo sentirme, a fin de cuentas, como el Otro del Otro". (Lévinas. 1997, pp. 106-107). En esta dirección, nos investimos del Otro, lo asumimos, asimismo nos investimos de libertad, lo que permite poder cuestionarnos, tal como se da con el Otro, que hace parte del panorama de mi visión de mundo, de verdad, que, en este caso, asumo su comprensión significativamente, que es expresión del mundo, del cual hacemos parte. "El Otro es principio del fenómeno". (Lévinas. 1997, p. 114). Por tanto, se interpreta el significado o el signo del rostro en su mundanidad, porque se anuncia ante mí, ante mi rostro, ante mi pensamiento, ante mi interioridad.

La significación se sostiene en el Otro que dice o que entiende el mundo y al que su lenguaje o su entendimiento entiende el mundo y al que su lenguaje o su entendimiento precisamente tematizan. La significación parte del verbo en que el mundo es, a la vez, tematizado e interpretado, en el que el significante no se separa nunca del signo que emite, sino que recobra siempre al mismo tiempo que expone. (Lévinas. 1997, p. 119)

La vitalidad de lo significativo, cuando entra en relación con el Otro, está en el lenguaje, que tiene la posibilidad de encuentro, de fuga y que evita la totalización. "Poner la palabra en el origen de la verdad es abandonar el develamiento que supone la soledad de la visión, como obra primera de la verdad". (Lévinas. 1997, p. 122). Así, el lenguaje, la palabra, no sólo nos dice la intención que se lleva, sino que despierta la intención del Otro, en función de la verdad, que en este caso nos interesa al ser develada como fenómeno y que trae sus frutos terrenales para la existencia humana, mediada por una metafísica relacional de orden social, cuando aborda al Otro, cuando lo toca a través de la mirada en el cara a cara, se vuelve trascendente y ayuda a vivir. La cultura es fiel ejemplo de ello. Veamos:

"Vivimos de <<una buena sopa>> de aire, de luz, de espectáculos, de trabajo, de ideas, de sueños, etc...No se trata aquí de objetos de representaciones. Vivimos de ellos" (Lévinas. 1997, p. 129). En el trascender fenoménico de las cosas, hay un gozo en torno a dicha manera de vivir, que va más allá del mero tener, de la mera utilidad, va a una estética del fenómeno, que provoca alegría y en otros casos felicidad. "El gozo es la conciencia última de todos los contenidos que llenan mi vida, los abarca". (Lévinas. 1997, p. 130). Es lo que da gracia a la existencia y a las relaciones que construyo con los Otros. Por tanto, hay una intencionalidad hacia la vida como hecho fenoménico, ante el cual transcendemos y elaboramos de manera consciente satisfacciones espirituales, que nos llevan a la misma alegría de vivir; algo fundamental para establecer un reconocimiento y una vivencia con el Otro, en el que el amor se vuelve parte central de dicha relación. "La vida es una existencia que no precede a su esencia. Esta es su premio; su valor aquí constituye el ser. La realidad de la vida está ya al nivel de la felicidad y, en este sentido, más allá de la ontología. La felicidad no es un accidente del ser, porque el ser se arriesga por la felicidad". (Lévinas. 1997, p. 131). Es aquel que en su subjetividad trasciende una vida básica, casi natural, en la que está presente la cultura y sus ideas. "La subjetividad se origina en la independencia y la soberanía del gozo". (Lévinas. 1997, p. 132). Lo cual nos lleva a un cierto estado de felicidad opuesta al sufrimiento como esencia. Ser feliz es estar satisfechos de las necesidades superadas, en el decir de Lévinas; en otras palabras: la felicidad está asociada a la corporeidad, la cual ha de contar y tener presente al Otro, fuente de amor y no de explotación en el mundo; ya que en toda explotación desde lo económico hasta lo psicológico, el Otro entrega su alteridad y queda reducido a sus necesidades básicas de vivencia, por no decir de su entrega espiritual a dicha explotación. En este sentido, la intencionalidad del amor y la felicidad en Lévinas, busca el

rompimiento de la totalidad, de lo absoluto, que impide su independencia, su liberación, salir de la soledad y del egoísmo individualista del pensamiento liberal. “Lo patético del liberalismo, al que en cierto modo nos aproximamos, consiste en promover una persona en tanto que no representa otra cosa, es decir, en tanto que precisamente es un sí mismo”. (Lévinas. 1997, p. 139). Con el riesgo de que el Otro sea absorbido en la totalidad, sea rechazado, sea excluido o no reconocido.

Vemos en la reflexión de Lévinas algo propio de la fenomenología: la toma de consciencia. En este caso, el sujeto frente al Otro, frente a sí mismo, frente a la totalidad, frente al mundo, en la consolidación de la condición humana, al elaborar una visión, una postura de sí misma y construir un hogar, una morada, un *êthos*, donde la intención es el gozo y no el sufrimiento humano. Veamos. “Gozar sin utilidad, dando pura pérdida, gratuitamente, sin buscar nada más, siendo puro gasto: esto es lo humano”. (Lévinas. 1997, p. 152). Aquí, se puede considerar una ética de la liberación de lo humano, frente a lo Mismo y la vida moderna burguesa, amparada en el trabajo, en la utilidad, en la ganancia, en el sujeto económico. Así, para Lévinas vivir es jugar, lo que hace del gozo algo primordial. “Vivir es jugar a pesar de la finalidad y la tensión del instinto, vivir de algo sin que este algo tenga el sentido de una meta o de un medio ontológico, simple juego o gozo de la vida. Despreocupación con respecto a la existencia que tiene un sentido positivo”. (Lévinas. 1997, p. 153). El gozo apunta, además de vivir, a una sensibilidad que tenemos hacia el Otro, ya que una de sus razones de ser es despertar y compartir con el Otro a través de la sensibilidad y la espiritualidad. En este sentido, despertar por medio de la afectividad que nos lleva a sentir al Otro en nuestra interioridad. De ahí que nos veamos afectados por la alegría y por el sufrimiento humano. “La sensibilidad se describe pues, no como por un momento de la representación, sino como el

hecho del gozo”. (Lévinas. 1997, p. 155). Quizá una de las mejores formas de abordar al Otro en el pensamiento, es asumirlo por medio de la sensibilidad, que nos asemeja a lo humano; es un acto de comprensión que exige mirar al exterior. En consecuencia, se asiste a una democratización del gozo en el mundo mediado por el arte y el amor, que en nuestro caso sería hacia el Otro. “La orientación estética que el hombre da al conjunto de su mundo, representa en un plano superior un retorno al gozo y a lo elemental. El mundo de las cosas llama al arte en el que lo Infinito en la idea es idolatría en la imagen finita, pero suficiente”. (Lévinas. 1997, p. 159). Nos referimos necesariamente al rostro ante el cual establecemos múltiples lazos de humanidad y gozo, que implica la alegría, el mismo amor a la vida alojada en un *Êthos* individual. “La felicidad es un principio de individuación, pero la individuación en sí sólo se concibe desde el interior, por la interioridad”. (Lévinas. 1997, p. 166). La experiencia de la felicidad terrenal permite constituir un horizonte de vida que invita a vivir con los Otros desde posturas éticas y estéticas que estimulan la hospitalidad, la alegría, el abrigo, como lo podemos ver en nuestro hogar o morada, y a la vez evita el desarraigo, el exilio, la misma muerte, el nomadismo. De modo que la morada: “Sirve para abrigar de la intemperie, para ocultarse de los enemigos y de los inoportunos”. (Lévinas. 1997, p. 169).

La casa o el hogar se constituye en la primera experiencia de gobierno, regido por reglas éticas, que nos facilita realizar un buen mandato en la ciudad. El buen gobierno de la casa descansa en tres aspectos fundamentales:

1. El gobierno de las cosas. La economía.
2. El gobierno moral. La espiritualidad.
3. La relación con el Otro. La comunidad, la sociedad.



Estos tres puntos provocan el equilibrio de un buen gobierno, no sólo doméstico, sino ciudadano, en relación a mi mundo interior y exterior. “Concretamente, la morada no se sitúa en el mundo objetivo, sino que el mundo objetivo se sitúa con relación a mi morada”. (Lévinas. 1997, p. 170). En la que tomamos conciencia del orbe en dos direcciones: en relación a ella y en relación a la ciudad; ya que todo ser humano lo que pretende es su realización mundana. Así, la morada reviste tres aspectos claves para todo pensar filosófico:

1. Uno ético. Consigo mismo.
2. Uno estético. El anuncio de lo que es el mundo en su forma.
3. Uno político. La relación con el Otro en el gobierno.

Lo anterior es mediado por el lenguaje, que cobra significatividad política ante los Otros y que nos es familiar, gracias a la misma morada, arjé de todo lenguaje humano, que es quizás lo primero que hacemos para ser asumidos y reconocidos desde la infancia, siendo uno de los primeros fundamentos del mundo humano; pues el ser se siente parte del mundo a través de la morada, el terruño, que nos da la condición de ser mundano.

Se trata de librar la lucha por el Otro en su condición de víctima, de desplazado, de marginado, de perseguido, de despojado de su morada y de su cultura, tal como sucede en diversas partes del planeta, tanto en regiones ricas como en regiones pobres. En este sentido, la desposesión, la pérdida de la morada, nos aleja de nuestra condición de ser en el mundo como entes. Por tanto: “La morada condiciona el trabajo”. (Lévinas. 1997, p. 179). O sea: “La sustancia remite a la morada, es decir, en el sentido etimológico del término, a la economía”. (Lévinas. 1997, p. 179). En esta dirección, cobra importancia el disfrute de las cosas para el vivir;

que en el mundo del capital se vuelve metafísica (la cosa) en su manifestación fenoménica como mercancía, que en el mercado se extravía y se fetichiza (Marx), al quedar en el entramado del consumismo y de su aparente encanto. Así, la naturaleza, el mundo, son objeto de transformación en una mirada productiva, en que lo humano está en relación con la cosa, con el Otro, con el mundo, en un estado de conciencia mundana. “Tener conciencia es estar en relación *con lo que es*, como si el presente de *esto que es* no estuviera totalmente realizado, y constituyera solamente el *porvenir* de un ser recogido. Tener conciencia es precisamente tener tiempo”. (Lévinas. 1997, p. 183). Por tanto, tener un cara a cara, es asumir el tiempo histórico que se vive, es no olvidar la desgarradura que la misma humanidad se ha infringido en la negación y la eliminación del Otro, negando todo principio hospitalario, donde el Otro con su rostro desgarrado me cuestiona y me enseña. “La enseñanza significa todo lo infinito de la exterioridad”. (Lévinas. 1997, p. 189). La cual es ética y quiebra la totalidad del Mismo, a través de una pedagogía de la diferencia, del disenso y de la alteridad. De ahí la necesidad de abrirse, de hablar al Otro, sin entregarse a sí mismo. “Ver el rostro es hablar del mundo. La transcendencia no es una óptica, sino el primer gesto ético”. (Lévinas. 1997, p. 192). En consecuencia, hay un gesto ético antecedido de un origen por el deseo del Otro, que me obliga a todo preguntar a través del rostro, en un cara a cara.

Así, el Otro se da en su manifestación fenoménica, interpretado en su obrar, en su manera de ser en el mundo, al cual interrogo con un lenguaje socializado. Tanto el Mismo como el Otro se anuncian en la palabra, se exteriorizan y se manifiestan por medio del rostro intencionado. Es lo que Lévinas nos dice: mirada y recibimiento del rostro. Por tanto, la mirada es una relación con algo y no con lo que no es algo; precisamente, la luz permite dicha relación con el Otro como experiencia; pues en



la relación, en el rostro, en lo Otro, lo que hace es develarse por medio de su forma, es decir, se exhibe, se anuncia estéticamente, logrando trascender su condición orgánica. Por tanto: “Es rostro; su revelación es la palabra. Sólo la relación con otro introduce una dimensión de la transcendencia y nos conduce hacia una relación totalmente diferente de la experiencia en el sentido sensible del término, relativo y egoísta”. (Lévinas. 1997, p. 207). Lo que está en juego a través del rostro, es la vida en el mundo ante el prójimo, asumido en su invitación, en su reunión y en su reconocimiento, en su recogimiento; ya que corre el riesgo de ser negado o eliminado. En consecuencia, lo no visualizado o diferenciado. De ahí la necesidad de la palabra, que requiere del Otro, va más allá de lo visto y le da significado. “Por ello, la estructura formal del lenguaje anuncia la inviolabilidad ética del Otro y, sin ningún resabio <<numinoso>>, su <<santidad>>.”(Lévinas. 1997, p. 209). En este caso, de la santidad, de la individualidad, de la singularidad, como lo vemos en filósofos como Cohen y Rozenzweig; es decir, no queda nada absorbido en el Mismo, en la totalidad, pues la distancia la establece la palabra y la relación no violenta. En esta dirección nos dice Lévinas: “Pero la relación se mantiene sin violencia, en paz con esta alteridad absoluta. La <<resistencia>>del Otro no me hace violencia, no obra negativamente; tiene una estructura positiva: “ética””. (Lévinas. 1997, pp. 210-211). Dicha resistencia, se caracteriza porque se niega a la posesión, a la sumisión, a las pretensiones de cualquier totalidad. Si vamos más allá de cualquier totalitarismo de corte político, que manipula y desaparece al Otro; este último, conduce a la aniquilación, a la negación, a la comprensión, al creer en la palabra. El Otro no solo es algo corporal en su brutalidad, sino ética, que su rostro manifiesta significativamente. Así, no hay necesidad de alterarse mutuamente, ya que el Otro mantiene

el principio de pluralidad.

No - violencia, mantiene sin embargo la pluralidad del Mismo y del Otro. Es paz. La relación con el Otro –absolutamente otro- que no tiene fronteras con el Mismo, no se expone a la alergia que aflige al Mismo en una totalidad y sobre la que reposa la dialéctica hegeliana. El Otro no es para la razón un escándalo que la pone en movimiento dialectico, sino la primera enseñanza razonable, la condición de toda enseñanza. (Lévinas. 1997, pp. 216-217)

Donde el lenguaje históricamente, en la comprensión del pensamiento razonable y significativo, se relaciona y no se aleja de una cara a cara, cobra sentido con el rostro inteligible e inteligente. Así: “Un mundo cuerdo es un mundo en que hay Otro gracias al cual el mundo de mi gozo llega a ser tema con una significación”. (Lévinas. 1997, p. 222). Se puede decir que hay libertad pero en relación al Otro, como parte constitutiva y significativa de mi mundo y del mundo. Esto último, abordado desde posturas fenomenológicas, en las que media una relación racional entre el que mira y miro, señalo y designo y me interesa en perspectiva; lo que implica para Lévinas una relación de gozo y de posición de las cosas, como de la humanidad. Como vemos, se presenta una política de la economía de las cosas, donde el Otro cuenta en la constitución de un humanismo fenomenológico, que exige una economía de la participación entre los involucrados, ya que para Lévinas, las cosas implicarían la entrada de las mismas, en nuestro caso, la mercancía, en el mundo de los Otros; en lo que sería su acceso, uso, posesión y gozo, a partir de un principio de justicia social, en el que todos cuentan con el gozo de la producción, guardando la distancia ontológica frente a ellas, para evitar caer presos en una alienación del consumo y de la totalización del mundo del mercado, abordado como un ejercicio de conocimiento objetivo y



mundano. “El lenguaje hace posible la objetividad posible de los objetos y su tematización”. (...) “Conocer objetivamente sería, pues, constituir mi pensamiento de tal manera que obtenga ya una referencia del pensamiento de los otros”. (Lévinas. 1997, p. 223). No es pues un gesto de señalización en el que la cosa es objetiva o que el objetivo sea, sino por medio del lenguaje, quien construye la objetividad, lo mundano al ser pensado, toma forma y rostro en la estética de la mirada Ontológica Léviniana, que es pública y no privada, a plena luz y no a la oscuridad. “La epifanía del rostro como rostro, introduce la humanidad”. (Lévinas. 1997, 226).

Pasamos públicamente de la mirada hacia el Otro en su enunciación por medio del lenguaje, a una mirada significativa para otros como terceros, que se anuncia ante el mundo, donde el Otro deja de tener una relación entre el Yo y el Tú; para integrarse al Nosotros, a la comunidad, en pie de igualdad. El tercero, el Nosotros para Lévinas sería la humanidad. “Ser *nosotros* no es <<atropellarse>> o darse codazos en torno de una tarea común. La presencia del rostro – lo infinito del Otro– es indigencia, presencia del tercero (es decir, de toda la humanidad que nos mira) y mandato que manda mandar”. (Lévinas. 1997, p. 226). En este sentido, gana espacio la humanidad en el reconocimiento e incorporación del Otro como prójimo, como camarada, como ciudadano, ya que lo próximo es objeto de interés, que en nuestro caso, para Lévinas, es un fenómeno de solidaridad ante el pobre y el extranjero, el inmigrante, lo cual amplía nuestro horizonte de mundo, que va más allá de toda condición social y nacional. “El Otro que me denomina en su trascendencia es también en el extranjero, la viuda y el huérfano con los cuales estoy obligado”. (Lévinas. 1997, p. 228). No es de extrañar que este tipo de filosofía en el terreno ético y político, se caracteriza por el principio de solidaridad, pues parte del Yo hacia el Otro en sociedad. En consecuencia, esta relación brilla porque el Otro se niega a la totalización pero no

a la fraternidad, donde el lenguaje crea relación, solidaridad, democracia, pluralidad, comunidad. “El lenguaje equivaldría a la constitución de instituciones racionales en las cuales llega a ser objetiva y efectiva una razón impersonal que ya se abre en las personas que hablan y sostiene ya su efectiva realidad”. (Lévinas. 1997, p. 230). En dicha medición, realizada por el lenguaje, se apunta al Otro a la universalidad, asumida como experiencia, no sólo individual, sino colectiva. “En *el reconocimiento del rostro la voluntad se abre a la razón*”. (Lévinas. 1997, p. 232). Por tanto, nos abrimos radicalmente a lo nuevo, a la creación, al rostro humano, develado y contemplado en primera instancia; en segunda instancia, aparece el lenguaje en la construcción de mundo, que invita más allá de sí mismo en la contemplación, para ir a lo múltiple y lo plural. “Para que una multiplicidad pueda mantenerse, es necesario que se produzca en ella la subjetividad de modo que no pueda ser congruente con el ser en el que se produce”. (Lévinas. 1997, pp233-234). Lo cual impide su absorción a la totalidad, llevado en casos extremos a la resistencia y a la guerra; ya que hay una negación de caer presos en dicha totalidad, en la homogeneidad, surgiendo una relación compleja, entre vida y muerte, mediados por la libertad, en el que el Otro no se deja apropiarse y subordinar en una especie de servidumbre. De ahí que afirme Lévinas: “El Otro no puede ser contenido por mí, cualquiera que sea la extensión de mis pensamientos, de este modo ilimitados: es impensable, es infinito y reconocido como tal. Este reconocimiento no se produce de nuevo como pensamiento, sino como moralidad”. (Lévinas. 1997, pp. 243 - 244). Ante la negación del Otro, surge un regulador del comportamiento humano, que evita que el prójimo sea borrado en sociedad y en violencia: la ética, la que impide desde lo más profundo de nuestro pensamiento, que el prójimo no sea; de aquí en adelante la ley y la guerra, la desaparición o la eliminación del Otro, que es más que un cuerpo que miramos,

hay toda una metafísica moral, que me obliga a al compromiso, a la responsabilidad para con él. “En efecto, fuera de mi conciencia moral, el Otro no podrá presentarse como el Otro y su rostro expresa mi imposibilidad moral de aniquilar”. (Lévinas. 1997, p. 246). Esto último, como una forma, una posibilidad de bloquear la muerte violenta, contra la voluntad humana, que busca potenciar vida. Es el conflicto entre vida y muerte, que Lévinas nos dice en términos de biopolítica. Así: “<<El Eterno hace morir y hace vivir>>”. (Lévinas. 1997, p. 247). Lo que media entre el dolor y el miedo, es un amplio desierto de desconocimiento. La clave está en que la mirada, como se dijo, va más allá del rostro, lo lleva a una toma de postura, asumida como resistencia a la violencia, a la muerte. “Ser consciente es tener tiempo”.²⁹⁴ Tiempo ante el cual desde nuestra mirada mediadora, conserva una distancia ante el mismo sujeto, ante el presente, que afecta toda condición de vida, de libertad, de sufrimiento, de alegría, entre otros. (Lévinas. 1997, p. 252). El odio a través del sufrimiento nos hace consciente de la subjetividad que va más allá del rostro biológico y de la totalidad; hay una relación de desigualdad, en el decir de Lévinas, pues el Otro no es lo Mismo, el Otro es el Otro. “El Otro que en tanto que otro se sitúa en una dimensión de altura y de abatimiento –glorioso abatimiento– tiene la cara del pobre, del extranjero, de la viuda y del huérfano y, a la vez, del señor llamado a investir y a justificar mi libertad”. (Lévinas. 1997, p. 262). En este sentido, se recogen posiciones filosóficas contemporáneas que ven al Otro desde el sufrimiento, del padecimiento, como la llamada filosofía de la liberación de Enrique Dussel. Así, el Otro afirma su pie de lucha como Otro.

La mirada hacia el Otro en una cara a cara, también implica amor en su relación, mediado por el deseo, el lenguaje, dado en el recibimiento, en la acogida y la hospitalidad que damos en

medio del disenso. Lo primordial del amor es su transcendencia en su orden significativo que en Lévinas se vería así:

1. Lo significativo se da en el rostro, aquello que llama inmediatamente la atención y cobra importancia.
2. El Otro significativamente representa un ser para Otro como ser moral.
3. El Otro toma importancia significativa como conciencia moral.
4. El Otro es significativo, ya que la conciencia moral permite su transcendencia.
5. El Otro es exterioridad, por lo tanto, es significativo.
6. El Otro se vuelve significativo, pues hay en él plasticidad, cuerpo humano.
7. El Otro se vuelve devenir que rompe con lo Uno, lo Mismo.

De lo dicho, surge el problema del saber y del poder en torno a lo Otro a través de unas políticas de subjetivación, que implican que el Otro no es mío, no hay posesión, sólo una manera de ser. De ahí que la sexualidad, lo erótico, escapan en cierta forma al saber y al poder en Lévinas.

La sexualidad no es en nosotros ni saber, ni poder, sino la pluralidad misma de nuestro existir”. (...) “El hijo no es solamente mi obra, como un poema o un objeto. No es tampoco, mi propiedad. Ni las categorías del poder, ni las del saber, describen mi relación con el hijo. La fecundidad del yo no es ni causa, ni dominación. No tengo mi hijo, soy mi hijo. (Lévinas. 1997, p. 285)

Precisamente, me libero en el Otro, sin dejar de ser lo que soy, en una relación de fraternidad y solidaridad en el orden social, afectivo y significativo. “La identidad del individuo no

²⁹⁴ *Ibid* p 251



consiste en ser parecido a sí mismo y en dejarse identificar *desde fuera* por el índice que lo señala sino, en ser *el mismo* –ser en sí mismo–, en identificarse desde el interior”. (Lévinas. 1997, p. 293). Para Lévinas, la verdadera esencia humana está en el rostro, en el que se manifiesta la subjetividad, la historia, el afecto, el sentimiento, etc. Lo cual señala su exterioridad, su alteridad, no sólo ética y estética, sino política, la cual resiste a toda acción de totalización. Por el contrario, se reafirma en lo múltiple, en lo externo, que en términos de filosofía y política, se resiste a ser absorbida por la totalidad. “La exterioridad, como esencia del ser, significa la resistencia de la multiplicidad social a la lógica que totaliza lo múltiple”. (Lévinas. 1997, p. 296). Es todo aquello que escapa a una racionalidad política de lo Uno, de lo Mismo, del Uno, de lo Idéntico, ya que la exterioridad, la alteridad, es la afirmación y la diferencia, frente a sistemas absolutos que tienden a explotar.

Es así como Lévinas nos invita a un tipo de filosofía primera de orden ético fenomenológico, que quiebra con una metafísica neutra en los asuntos humanos en su sufrimiento. En este sentido, toma postura política, especialmente ante el Otro como responsabilidad, como exterioridad, como subjetividad, a la cual damos hospitalidad, siempre y cuando no sea violenta o tenga pretensiones de totalidad. El Otro, que tiene rostro reflejado en la palabra, como deseo, bondad y justicia significativa

El compromiso ético

La ética en Lévinas nos estimula a un mayor compromiso intersubjetivo, donde el ser es tomado vitalmente y no desde una mera abstracción.

Vida de los seres vivos, existencia de los humanos, realidad de las cosas. Vida de los seres vivos en la lucha por la vida; historia natural de los humanos con la sangre y el llanto de las guerras entre

personas, naciones y clases; materia de las cosas, materia dura; solidez; lo que se cierra sobre sí mismo en los confinamientos intraatómicos de los que hablan los físicos. (Lévinas. 1993, p. 10)

No es pues de extrañar que lo humano se da y comienza en la experiencia de nuestras acciones. De ahí que sea vital para Lévinas asumir al Otro con responsabilidad, lo cual significa romper con la indiferencia, exigiendo, como acontecer ético y de solidaridad, la apertura hacia los Otros o hacia los demás. Así, comprender al Otro, es existir, es la esencia, es la aurora al horizonte de vida. “Nuestra relación con otro consiste ciertamente en querer comprenderle, pero esta relación desborda la comprensión. No solamente porque el conocimiento del otro exige, además de curiosidad, simpatía o amor, maneras de ser distintas de la contemplación impasible, sino porque, en nuestra relación con otro, él no nos afecta a partir de un concepto. Es ente y cuenta en cuanto tal”. (Lévinas. 1993, p. 17). En este sentido, toda relación implica en su intencionalidad una comprensión mediada por el lenguaje en el mundo, que nos arrastra a una toma de postura ética cuando apelo al Otro; lo cual toma sentido para mi intimidad y toma significado para lo mundano, reflejado en el rostro. “Estar en relación con otro cara a cara es no poder matar. Y ésta es también la situación del discurso”. (Lévinas. 1993, p. 21). Es aquí que lo significativo se vuelve un Nosotros, donde la totalidad entra a ser cuestionada, porque vivir en comunidad, exige un rostro, un diálogo; no es vivir en la totalidad, como se deja entrever en la crítica que lleva a cabo Rozenweig.

Como vemos, estar en totalidad, es negarse y ser negado, es peor que estar en la condición de minoría de edad kantiana. “Un ser particular sólo puede tomarse por una totalidad si carece de pensamiento”. (Lévinas. 1993, p. 27). Lo cual exige de aquel que piensa, ir más allá de la mirada de la totalidad y pensar en la alteridad. “El que



vive en la totalidad existe como totalidad, como si ocupase el centro del ser y fuera su fuente, como si todo lo extrajese del aquí y del ahora en los que, no obstante, se sitúa o es creado". (Lévinas. 1993, p. 27). Nos vemos enfrentados a un ser que piensa y vive en un sistema cerrado, que ignora lo Otro, lo semejante, el mundo en su diversidad, a pesar de vivir en él. Lévinas diría que es un ser que vive en ausencia de pensamiento. Agregaríamos de sensibilidad y sin apertura.

Así pues, no es que el ser vivo carezca de conciencia sino que posee una conciencia sin problemas, es decir, sin exterioridad, un mundo interior cuyo centro ocupa, una conciencia que no se preocupa de ubicarse en relación con una exterioridad, que no se capta como parte de un todo (pues ella precede a toda captación), conciencia sin conciencia a la que corresponde el término (no exento de contradicciones) <<inconsciente>> o <<instinto>>. (Lévinas. 1993, p. 28)

Es una interioridad perfectamente cerrada, opuesta al pensamiento que se concibe más allá de sí misma, que va al mundo, a lo Otro, a la exterioridad, a lo nuevo, al rostro. "El pensamiento comienza con la posibilidad de concebir una libertad exterior a la mía. Pensar una libertad exterior a la mía es el primer pensamiento. Señala mi presencia en el mundo en cuanto tal. El mundo de la percepción manifiesta un rostro: las cosas nos afectan como *poseídas* por los demás". (Lévinas. 1993, p. 31). En las que intervienen, no sólo un segundo, sino un tercero o un colectivo. En este sentido, Lévinas, haciendo parte de la postura Judea, que se da también en filósofos como Cohen, Rosenzweig y Buber, asumen al Otro como punto de encuentro solidario, no ven necesariamente violento para sus posturas filosóficas, todo lo contrario, lo ven como aquel desprotegido. "El Otro, la Exterioridad, no

significan necesariamente tiranía y violencia. *La exterioridad del discurso es una exterioridad sin violencia*". (Lévinas. 1993, p. 35). La mirada se desplaza hacia el pobre, el desprotegido, el excluido, la víctima. Así, el tercero genera un discurso, que va más allá de lo ético y pasa a lo político. "Como manifestación de una razón, el lenguaje despierta en mí y en los otros lo que tenemos en común". (Lévinas. 1993, p. 39).

El lenguaje común quiebra el cascarón de mi Yo, va al Tú, es más, va más allá, va al Nosotros, con los cuales interactuamos como seres reales, concretos y no metafísicos.

El otro como puro interlocutor no es un contenido conocido, cualificado, que pudiera captarse a partir de una idea general cualquiera y someterse a ella. El otro hace frente, no se refiere más que a sí mismo. Sólo en el discurso entre seres singulares se constituye la significación interindividual de los seres y las cosas, es decir, la universalidad. (Lévinas. 1993, p. 39)

Por tanto, el Otro cobra significatividad como tercero libre. En este sentido, lo importante del planteamiento de Lévinas, descansa en que la mirada hacia el Otro, hacia el tercero, se constituye en humanización; pues no tenemos a una cosa delante, tenemos a un semejante. De este modo. "La trascendencia es lo que nos hace frente. El rostro quiebra el sistema. La ontología del ser y la verdad no pueden ignorar esta estructura del cara-a-cara, es decir, de la fe". (Lévinas. 1993, p. 48). En el que brilla el reconocimiento concreto, con vitalidad, con experiencia, en franca crítica al formalismo en el pensamiento.

El Otro en su aparecer, que es de orden fenomenológico, no es abstracto, al contrario, es concreto, real, vital, afecta mi percepción, mi pensamiento, cuando trato de comprenderlo e interactuar. Estar frente al Otro, es destotalizarme



sin dejar ser lo que soy como acontecimiento. “La desnudez del rostro es un sustraerse al contexto del mundo, al mundo significativo como contexto. El rostro es precisamente aquello gracias a lo cual se produce originalmente el acontecimiento excepcional del *cara-a-cara* que la fachada de los edificios y de las cosas no hace más que imitar”. (Lévinas. 1993, p. 75). Es la proximidad y la alteridad del rostro. Así, mi subjetividad se proyecta en el Otro, en lo que Lévinas dice: despertar ante el Otro, que es el prójimo, el extranjero, el inmigrante, el marginado, el desplazado, el apátrida. También, lo familiar, la amistad, lo cercano. “Se trata de un despertar que no es reflexión sobre sí mismo ni universalización; de un despertar que significa una responsabilidad de alimentar y vestir a Otro”. (Lévinas. 1993, p. 83). En palabras de Derrida, sería construir la ciudad-refugio, la ciudad-hospitalaria para el Otro. Lo cual se constituye en un acontecimiento para Mí y perturba mi visión de mundo en su aparecer, en su exposición, en su anuncio, en su presencia, determinada por el tiempo y por el espacio mundano, del cual tomo conciencia e intencionalidad, mediada por la relación intersubjetiva; donde la palabra es privilegiada, al romper con el silencio de la “conciencia muda” entre las partes, ya que se vuelve edificante, en la que el Otro no está inscripto en un lenguaje reductivo y asimilado a un saber tematizado desde lo Uno. En el decir de Lévinas, el saber y el ser habitan el mundo en su presencia, en su anunciación mundana de la verdad, la cual se devela ante la mirada inquisitiva que pretende la originalidad de lo visto, que quiebra y trasciende mi condición de sí mismo.

Lévinas nos dice que el Yo despierta de su sueño dogmático a partir de su encuentro con el Otro, hacia el cual trasciende como acontecimiento, ante el cual se dirige como forma. Así, la trascendencia es un despertar hacia el Otro.

Que este cuestionamiento de lo Mismo por parte de lo Otro, eso que hemos llamado despertar o vida, sea, más allá de todo saber, el hecho mismo de la filosofía, tal cosa no está únicamente atestiguada por algunas articulaciones del pensamiento husserliano que acabamos de mostrar; es algo que aparece en muchas filosofías: es el más allá del ser en Platón, es la puerta abierta del intelecto agente en Aristóteles; es la idea de Dios en nosotros, que sobrepasa nuestra capacidad finita; es la exaltación kantiana de la razón teórica en razón práctica; es la búsqueda del reconocimiento del Otro en el propio Hegel; es la renovación de la duración en Bergson; es el desengaño de la razón lucida en Heidegger. (Lévinas. 1993, p. 112)

Que Lévinas llama dolor y se encuentra en los desheredados, los marginados, los sin tierra, los excluidos, los refugiados, los olvidados, los sin techo y un largo etcétera. Son aquellos carentes de contacto humano, de vitalidad, violentados físicamente, golpeados y disminuidos psíquicamente, pero que resisten y actúan a pesar del sufrimiento.

Refiriéndose al siglo XX, Lévinas lo caracteriza por su espíritu totalitario, de sufrimiento y por ausencia ética en el mundo de lo político.

Un siglo que ha conocido, en treinta años, dos grandes guerras mundiales, los totalitarismos de izquierda y de derecha, el hitlerismo y el estalinismo, Hiroshima, el gulag y los genocidios de Auschwitz y de Camboya. Un siglo que se termina con la vergüenza del retorno de todo lo que significan estos nombres bárbaros. Se trata de un sufrimiento y de un mal impuestos de forma deliberada, pero que ninguna razón limita, merced a la exasperación de una razón que se ha convertido en política y se ha desprendido de toda ética. (Lévinas. 1993, p. 121)



Esto último ha dado carta blanca a seguidores que, amparándose en una legalidad, cometen los peores crímenes llamados de lesa humanidad y que en la gran mayoría de las veces, quedan en la impunidad, en el dolor de los Otros; como una ontología del dolor, de unas “ciencias humanas” débiles ante esta situación, donde la acción intersubjetiva o interhumana acude en auxilio del Otro, como responsabilidad y no como vulgar comercio de orden contractual, pues el Otro cobra sentido para mi mundo y para con el mundo de los demás, en mi realizarme pública y políticamente. Sin él en el mundo, es imposible cualquier pretensión humana en cuanto a su comprensión. “Hablemos mejor de un <<hacerse cargo>> del destino de los otros. Tal es la <<visión>> del Rostro, y ello se aplica a cualquier hombre. Si él fuera mi único interlocutor, yo no tendría más que obligaciones”. (Lévinas. 1993, p. 129). Lo cual nos lleva a la justicia en el que está implicado un tercero, en una relación asimétrica, en la que soy responsable del Otro como parte de la humanidad, en la cual se encuentra el lenguaje, la palabra, la enseñanza. Por tanto, la responsabilidad hacia el Prójimo. Así, el Otro en su aparecer ante la mirada, es una presencia de la cual no se puede negar, ni huir; lo cual me obliga a tomarlo políticamente en serio, tal como lo hace Marx ante el explotado. En consecuencia, el Otro se asume como un saber, más que un conocer de orden positivo.

En cuanto saber, el pensamiento se ocupa de lo pensable; de lo pensable que llamamos ser. Al ocuparse del ser, está fuera de sí mismo, pero permanece prodigiosamente en sí mismo o retorna a sí mismo. La alteridad o exterioridad del sí mismo se recupera en la inmanencia. Lo que el pensamiento conoce o lo que aprehende en su <<experiencia>> es al mismo tiempo lo *otro* del pensamiento y lo *propio* de él. (Lévinas. 1993, p. 153)

Es un ir y venir intencional, que reconoce en la conciencia, la representación y la presencia del prójimo, como fin significativo y mundano.

Ante este panorama, el Otro lucha, se enfrenta, hay intimidación, hay resistencia por no dejarse borrar; lo cual genera crisis entre los involucrados, en especial de orden ontológico. “El yo es la crisis misma del ser y del ente en lo humano”. (Lévinas. 1993, p. 177). Generada por su justificación.

La alteridad del otro es la expresión extrema del <<no cometerás homicidio>> y, en mí, es el temor por todo aquello que en mí existir, a pesar de su inocencia intencional, corre el riesgo de cometer violencia y usurpación, de todo lo que se arriesga a ocupar, en el *Da* del *dasein*, el lugar de otro y, de este modo y en concreto, a exiliarse, a condenarle a la condición miserable de un <<tercer>> o un <<cuarto>> mundo, a asesinarle. (Lévinas. 1993, p. 178)

Es el genocida, el exterminador, el que sigue normas administrativas mortíferas, convencido de sus bondades.

Por tanto, el Otro es mediado por la mirada; pues no se ve lo que no se reconoce, se conoce, pero no se reconoce y si se reconoce, se incluye. De ahí que la mirada que no reconoce a partir del conocer, descansa en la indiferencia, en la exclusión, en la muerte.

Vassilij Grossman, en *Vida y destino* –un libro impresionante tras grandes crisis de nuestro siglo- ha ido aún más lejos. Piensa que la << bondad pequeña>> entre un hombre y su prójimo se pierde y se deforma cuando se busca organización, universalidad y sistema, cuando se convierte en doctrina, tratado de política y de teología, Partido, Estado, incluso Iglesia. (Lévinas. 1993, p. 278)



En últimas, es el problema de la totalidad, del sistema, que ahoga al Otro, a la alteridad, ya que para la totalidad, por su propia palabra y expresión, es incapaz de conseguir la exterioridad, la divergencia, la diferencia, lo múltiple. Su actitud y acción es la negación, el ejercicio de políticas de privación como el colonialismo, el neocolonialismo, la misma economía.

El Otro como experiencia activa, la asumo responsablemente en un cara a cara, cuya plasticidad se manifiesta en toda su riqueza ética, ya que hacia el Otro hay una intencionalidad fenomenológica de relación, de construcción y de sensibilidad, además de reconocimiento concreto. Es todo un acto de enunciación dado en el lenguaje. “Lenguaje que en este mismo momento sirve para una investigación orientada hacia el esclarecimiento de lo *de otro modo que ser* o lo *otro que el ser*, lejos de los temas en los que ellos se muestran ya, de modo infiel, como *esencia* del ser, pero en los cuales se muestran”. (Lévinas. 1987, p. 49). Asistimos a un decir del Otro en franca ruptura con la identidad de un Yo, la cual trasciende en su decir y hacer. Lo que apunta Lévinas, es un ir más allá del ser hacia el Otro como finito, como cercanía, como responsabilidad, que anuncia éticamente, el decir y su conceptualización. Que va más allá de cualquier sistematización y totalización del ser, pues la filosofía primera sería la ética. “En ella se impone el otro de un modo totalmente distinto que la realidad de lo real, se impone porque es otro, porque esta alteridad me incumbe con toda su carga de indigencia y de debilidad”. (Lévinas. 1987, p. 63). La presencia del Otro es tan fuerte, que no puedo ignorarla en mi decir.

Lo que se hace en el decir, es mostrar, es poner al descubierto lo que institucionalmente quiero mostrar como verdad; no como falsedad, sí como inteligible y no como confusión. En el decir está la presencia del presente del Otro como acontecimiento, el cual es cruzado

por la mirada y se interroga por lo que es, por lo vivido, por sus cualidades temporales. Fenomenológicamente, es asumir un estado de conciencia hacia el Otro, mediado por el sentir (noesis) y lo sentido (noema), de manera temporal e intencional. “Hablar de conciencia es hablar del tiempo”. (Lévinas. 1987, p. 80). Ante todo, un tiempo cargado de actualidad, de presente vivo, de lo dicho y de lo intencional, en un ser expuesto fenomenológicamente; es decir, se manifiesta en lo dicho, en su nombrar, que va mucho más allá. En consecuencia, para Lévinas la responsabilidad es un decir. El decir anuncia, alumbra al Otro, conduce a lo dicho, al prójimo, por medio de la intencionalidad como signo, como significado, donde nos exponemos responsablemente en todo decir de orden ético, como responsabilidad de la palabra, que es una exposición y acercamiento a lo humano, asumido como hecho, como verdad, como saber develado ante la mirada, ante su proximidad y sensibilidad, como manifestación que facilita el filosofar. El filosofar es posible, gracias al anuncio del Otro, que se expone a la mirada, a la pregunta, a la reflexión; ya que el filosofar está en el develamiento de lo que se dice y toma significado mundano, en la relación entre mi subjetividad y lo Otro, tomado por medio de la intencionalidad y de la exterioridad, que se vuelve sensible en su exposición física. “La inmediatez de la sensibilidad es el para-el-otro de su propia materialidad, la inmediatez o la proximidad del otro. La proximidad del otro es el inmediato derramamiento para el otro de la inmediatez del gozo, la inmediatez del sabor, <<materialización de la materia>>, alterada por lo inmediato del contacto”. (Lévinas. 1987, p. 133).

Como vemos, la sensibilidad como expresión, nos lleva a la proximidad que despierta percepciones e intereses inmediatos de orden significativo en su aparecer en el sujeto. “La subjetividad del sujeto que se acerca es, por tanto, preliminar, an-árquica, anterior a la



conciencia, una implicación, una aceptación en la fraternidad. Esta aceptación en la fraternidad que es la proximidad nosotros la llamamos *significancia*". (Lévinas. 1987, p. 143). Así, la proximidad con el Otro, despierta no sólo solidaridad y responsabilidad, sino afecto, caricia, amor, ternura, como también lo contrario. Pero, ante todo, hay placer, piedad, entre otros, por el que sufre, por el marginado, por el excluido, por el invisibilizado; que hace que intencionalmente me interese y me acerque a él. "La proximidad, la inmediatez es gozar y sufrir por el otro". (Lévinas. 1987, p. 153). En ello va lo humano en su significación, en su importancia vital; pues antes del ser, está la responsabilidad ética por el Otro, como filosofía primera, máxime si vive en condición de marginamiento, de debilidad, de desigualdad y de invisibilidad social. Por tanto, nada me puede ser indiferente en lo que respecta a lo humano, ya que el Otro, como parte de él, no es apariencia, no es abstracto, no es metafísico, es un ser viviente, sintiente y pensante, que deja huella en quien busca conocer en proximidad familiar, de la cual el tercero está por llegar, ejerciendo una influencia que llega a modificarme, a pesar de su lejanía; pues lo que se presenta es una apertura hacia el prójimo, por muy cerca o lejos que este; lo cual me concierne como ser-humano, con el cual me comunico, dialogo y construyo. "Comunicarse sin duda es abrirse; pero la abertura no es compleja si acecha el reconocimiento". (Lévinas. 1987, p. 189). Que exige responsabilidad y respeto hacia el Otro, mediado por el deseo.

CONCLUSIÓN

El Otro es absolutamente lo Otro, ante el cual las puertas intersubjetivas se comunican, se abren para enunciarlo en lo dicho, en su humanidad, que para Lévinas es insuficiente, porque no alcanza lo humano en su responsabilidad, en el que los Otros, como terceros, es clave. "El hecho de que el otro, mi prójimo, es también tercero con respecto a otro, prójimo también

éste, significa el nacimiento del pensamiento, de la conciencia, de la justicia y de la filosofía". (Lévinas. 1987, p. 201). Así, el Otro para Lévinas, se convierte en el signo del Otro. "En cuanto momento del ser, la subjetividad se muestra a sí misma y se ofrece como objeto a las ciencias humanas". (Lévinas. 1987, p. 208). Lo que nos lleva a un plano de situación del Uno para el Otro como acontecimiento, el cual me afecta y pone al desnudo mi humanidad en lo que soy, a través de la sinceridad del decir, en la paz que se anuncia por medio de una ética primera, que va más allá de toda experiencia inmediata. "La trascendencia del Infinito es una separación irreversible respecto al presente, como la de un pasado que nunca fue presente". (Lévinas. 1987, p. 232). Es la trascendencia reflejada en el rostro humano. "Por tanto, es necesario seguir en la significación, en la proximidad o en el *Decir* el nacimiento latente del conocimiento y de la esencia, de lo Dicho; el nacimiento latente de la *cuestión* en la responsabilidad". (Lévinas. 1987, p. 235). Lo cual significa la proximidad del Otro, como de los Otros, que se tornan visibles, en la que aparece el ser-humano en su devenir. En éste está presente: la cultura, la sociedad, la política, las instituciones, etc. De la que toma conciencia a consecuencia de los Otros o del tercero acompañado de justicia, de lucha por la existencia y de humano, que es la apertura al Otro como responsabilidad, como verdad. "Sin la proximidad del otro en su rostro, todo se absorbe, se diluye, se solidifica en el ser, se mueve del mismo lado; todo forma un todo, absorbido incluso al sujeto al cual se devela". (Lévinas. 1987, p. 263).

En este sentido, lo humano es lo más próximo a toda experiencia, en la que todo humanismo, busca su razón de ser, como lo señala Lévinas en *Humanisme de l'autre homme*. (Lévinas. 1972.). El cual indaga la razón de ser del hombre, que para Levinas significa repensarlo, como esfuerzo de la filosofía contemporánea, en el que el Otro, el Yo, el hombre, lo humano,



cargado de fenomenología y de espíritu judaico en Lévinas, no pueden quedar presos en esquemas de una totalidad ontológica, en la que toda diversidad y disentimiento, quedan reducidos a lo Mismo, frente a lo Otro que es lo actual, que es la presencia, que es la diversidad, que es lo múltiple, que no puede ser absorbida desde de la totalidad, de la cual Lévinas se aparta, en una lucha por la descolonización del Otro, por la descolonización de una mirada y acción económica, que evite que el Otro quede neutralizado y absorbido por lo Mismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lévinas, Emmanuel. (2000). *De la existencia del existente*. Arenas libros. Madrid, España.

Levinas, (2004). Emmanuel. *Difícil libertad. Ensayo sobre judaísmo*. Editorial limod. Fineo. Buenos aires, argentina.

Lévinas, Emmanuel. (1997). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Sígueme. Salamanca. España.

Lévinas, Emmanuel. (1993). *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Pretextos. Valencia. España.

Emmanuel, Lévinas. (1987). *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*. Sígueme. Salamanca. España.

Emmanuel, Lévinas. (1972). *Humanisme del'autre homme*. Fatamorga. Paris. ance.